

América Latina, hacia una unidad de lo diverso

Luis Ignacio Sáinz

La Isla de la Tierra Firme

Por donde vemos que las tierras de Indias más copiosas de minas y riquezas han sido las más cultivadas en la Religión Cristiana en nuestros tiempos, aprovechándose el Señor para sus fines soberanos de nuestras pretensiones. Cerca de esto decía un hombre sabio, que lo que hace un padre con una hija fea para casarla, que es darle mucha dote, eso habría hecho Dios con aquella tierra tan trabajosa, de darle mucha riqueza de minas para que con este medio hallase quien la quisiese.

Joseph de Acosta.

Mencionar la voz América obliga a evocar una paradoja: el esfuerzo de una idea por establecer su realidad. Tal despliegue de energía define un concepto en expansión. Así, la palabra recupera su aura; la fuerza productiva del pasado mítico; el *fiat lux* del Génesis. El objeto que se pretende designar, termina por connotarse; sobresale, pues, su condición escurridiza e inestable antes de su propio surgimiento histórico. Como en el teatro aparecen las equivocaciones en escena. Entre la noche del 11 y la madrugada del 12 de octubre de 1492 tiene lugar un equívoco: el desenlace imprevisto de un viaje que se dirigía hacia el Oriente.

Cipango y Catay, los reinos asombrosos de China y Japón, representaban los arribos de la empresa ultramarina del navegante genovés. Los errores de cálculo de Cristóbal Colón dieron origen al encuentro de dos mundos, a pesar del triunfo del hierro sobre el barro, usando la expresión de Alfonso Reyes. Desde ese momento, y siempre de manera extraña, América (término que da nombre al anhelo europeo de la época) constituirá un espejo, la otredad de la ecúmene occidental; el peligro de las Antípodas. En suma, la presencia viva de lo que la cristiandad armada consideró el universo de la barbarie y ya no simplemente la *sancta simplicitas*, la (triste) primitiva estupidez.

Mientras soplaron estos vientos, los habitantes y viajeros del mundo cristiano –soldados, teólogos, mercaderes, despistados y misioneros– se empeñaron en contradecir las múltiples evidencias de la originalidad de las tierras “descubiertas”; costumbres, tradiciones, necesidades, deseos, moradores y culturas distintas. Si atendemos a Edmundo O’Gorman, América fue inventada bajo la especie física de *continente* y la especie histórica de *nuevo mundo*. De tal suerte, su existencia puso en tela de juicio el arcaico concepto insular del globo y fracturó la doctrina que concebía a la historia en calidad de devenir exclusivo de Europa.

Tal vez por ello se ha insistido en que la lejanía-cercanía al patrón occidental se traduce asimismo en la distancia o proximidad

con la *civilización*. El absurdo se muestra por sí solo: lo desconocido funge de cuña para esa sociedad cerrada (la transatlántica) que insiste en poseer un designio providencial. Pasado el tiempo y gracias a las reivindicaciones nativas, el espacio de negación del *finis terrae* dará pruebas fehacientes de su personalidad, de su ser distinto. Podrá hablarse, entonces, y con mayor exactitud, de una verdadera colisión cultural; dolorosa reunión de dos maneras, quizá, antagónicas de percibir la vida. Los siglos caerán unos encima de otros para que nazcan las uniones y las convergencias: allá, el arte *mudéjar*; aquí, el arte *tequitqui*, como ilustraciones.

Sin embargo, dicha fusión de realidades diferentes no se da de modo rígido, como si se tratara del embonamiento de un par de piezas mecánicas gigantes. Ambos mundos son en rigor muchos mundos. Allende el mar, los latinos y los anglosajones, además del aporte sustantivo de Africa; aquende, la variedad de civilizaciones indígenas mesoamericanas o, simplemente, las etnias itinerantes de aridoamérica. Los resultados del mestizaje —racial y cultural— generaron un mosaico de indudable pluralidad. (Hoy, en la plenitud del siglo xx, las tradiciones varían todavía de pueblo en pueblo pero, sin lugar a dudas, las semejanzas se fortalecen. La dimensión política de la crisis contemporánea sirve de gozne entre las naciones del sur en desarrollo —otra vez los eufemismos—. América Latina y el Caribe aparentan dirigirse hacia una fórmula de convivencia sustentada en la concertación regional; en una frase, se trataría de una unidad de lo diverso. Ahora bien, lo anterior no significa que las diferencias se concilien en verdad, sino tan sólo que la posibilidad misma de su futuro está en suspenso de no enfrentar en bloque las pretensiones hegemónicas continentales. La noción de Estado-nacional pierde su potencia comprensiva, el panorama cuestiona, incluso, su viabilidad).

San Ambrosio sostenía que más allá de las islas Afortunadas existía una tierra inhóspita de canícula intolerable, casi infernal, llamada las Antípodas. En el siglo xvi, dicha extensión era considerada *orbis alterius*, sinónimo de lo extraño. Espacio habitado por monstruos y fantasmas, cíclopes y plantas carnívoras, minotauros y hombres sin alma, rodeados (será mejor ¿atrapados?) por una vegetación exuberante y una fauna peligrosa. Este mundo fue calificado, claro está, de *natural*, en franca oposición con la *civilización* de la isla de la Tierra Firme, el *orbis terrarum*. En consecuencia, Europa plantea una primera marginación: la exclusión de seres —ciertamente dueños de su *psique*— y culturas a partir de la geografía y la cartografía dominantes, que dividían al planeta a partir del eje civilización-barbarie (una versión más de las antinomias clásicas: ciudadanos-bárbaros, cristianos-gentiles, elegidos divinos-golems infernales).

No hay que olvidar que todo depende de la atalaya seleccionada, del sitio de observación elegido. *La visión de los vencidos* consigna que los conquistadores españoles, sembradores de horror y espanto durante el asedio de México-Tenochtitlan, fueron denominados *popolocas* por los aborígenes; dicha locución quiere decir en náhuatl bárbaros. En reciprocidad, los recién llegados, escudados en la empresa mesiánica de la cruz y la espada, calificarían a los indígenas de salvajes; las crónicas lo demuestran, desde Bernal Díaz del Castillo hasta Motolinía o, incluso, Sahagún. El transcu-

rrir de los años no ha frenado la calumnia ni los estigmas. Detenemos, como por capricho, en algún pasaje cualquiera de *La serpiente emplumada* de D. H. Lawrence, con todo y su peculiar estupefacción en *Bajo el volcán* de Malcolm Lowry, son testimonios excedentes. El siglo XIX no queda limpio; *Un viaje a México en 1864* de una de las damas de compañía de la Emperatriz Carlota es otro ejemplo más.

Ya entrado el siglo XX, un escritor antillano de la talla de Frantz Fanon denuncia la autocensura de los pueblos invadidos en *Los condenados de la tierra*, pues, según consigna, a veces son ellos mismos quienes se erigen en sus propios verdugos. Recuerda que en las colonias francesas del Caribe, a los nativos solía enseñárseles que los galos eran sus antepasados. (Sin comentarios. Un caso para Ripley.) Queda claro que las dominaciones foráneas siempre pretenderán controlar la conciencia de los individuos —que no ciudadanos— bajo su férula. Incesantemente hacen de las suyas los mecanismos de exclusión del saber hecho poder, tal como los define Michel Foucault en *El orden del discurso*.

El siglo de las luces de Alejo Carpentier deja constancia de la empresa fallida de Toussaint L'Ouverture en contra de la esclavitud y a favor de la independencia de Haití, justo a fines del siglo XVIII. La metáfora surgió incontenible. América hacía suyos los mejores ideales de la Ilustración para fincar su libertad. Empero, el éxito no coronó —si es que lo ha coronado en la actualidad— la acción y tendrían que pasar lustros y décadas para que se consiguiera una relativa autonomía respecto de los imperios de la Europa finisecular. En nuestros días, las jóvenes naciones latinoamericanas sufren, igual que ayer, la presión y el hostigamiento de las potencias con vocación hegemónica. No puedo pasar por alto que ellas en su inmensa mayoría han sido cómplices entusiastas del dominio extranjero; salvo contadas, pero honrosas, excepciones. En fin, el combate no ha cesado y el enemigo sigue venciendo. La desesperanza de Walter Benjamín (*Tesis de filosofía de la historia*) no ha perdido, lamentablemente, vigencia.

No cabe duda de que llegamos retrasados al banquete del capitalismo, como bien sostuvo Mariátegui en sus primeros artículos de los veinte en *Amauta*. El ensayista peruano fue uno de los pioneros —en lo que toca a la reflexión social— en apuntar la complejidad del escenario americano. No sólo en lo referente al problema del indio sino en tantos otros... la precocidad del Estado, la ambigüedad de las clases, la sociedad como *voyeur*. Zona de agudos contrastes, América Latina y el Caribe fingen ser alguno de esos gordos sonrientes de Botero, indiferentes y pródigos; también aquél protagonista desvalido y masacrado del muralismo, el pueblo herido.

La Tempestad

Conquer, occupy and possess... (Acquire) domination, title, and jurisdiction.

Enrique VII a Juan Cabot, 1496

En lo que va del *Ariel* (1900) de José Enrique Rodó hasta su

reverso *Calibán* (1971) de Roberto Fernández Retamar, las alternativas, lo mismo que las expectativas de América Latina y el Caribe, se han ceñido –al menos en apariencia– al espacio metafórico de *La tempestad*. En su tragedia? postrera, William Shakespeare anota los rasgos esenciales de los personajes del drama titulado encuentro de dos mundos: aborígenes y exiliados, monstruos y naufragos, y, por encima de todo, ese gran ausente que es el mundo del otro lado del océano Atlántico, las posesiones italianas. La suma de confusiones de la obra que hace presa de cada uno de los actores en escena atraparé, en su seno deforme, la reflexión significativa acerca del futuro político de la región.

Las opciones oscilan desesperadamente a la manera en que el badajo de la campana se descubre a sí mismo en tanto primer motor del sonido. ¿Y el destino? Vaga entre la espiritualidad de la herencia grecocristiana que se enfrenta al utilitarismo característico de la nordomanía (Rodó), y el derecho “natural” del nativo a regir su vida y aprovechar su patrimonio como mejor le plazca, en su calidad de dueño y posesionario indiscutible de la isla (Fernández Retamar). Tan sutil puede ser la tiranía de las palabras que Calibán es, ni más ni menos, que anagrama de caníbal. En ocasiones el lenguaje hace trampa, realiza engañosas triquiñuelas, engulle el sentido de los fenómenos sociales y políticos. (De esta manera, la noción de *panamericanismo*, que encubre la pretensión expansionista de los Estados Unidos en el continente, su vocación a la ampliación de las fronteras.) Resulta sintomático que persista el pretexto foráneo (europeo en este caso) para pensar las condiciones de posibilidad de *nuestro futuro*.

¿Cómo, pues, vencer el conjuro? Habría, tal vez, que desconocer la validez del universo mágico, de las imágenes encarnadas en sujetos; transgredir sus límites con el fin de plantear fórmulas negociadas de integración regional. Acaso haya algo verdadero en la sentencia que se esconde en *La esfera de Pascal*: quizá la historia universal sea simplemente la diversa entonación de unas cuantas metáforas, a decir de Borges el misterioso. Si esto es así y no de otra forma, no existe remedio posible al alcance de nuestras manos. Todo intento en contrario fracasará, en vano le apostaremos a construir nuestro destino como sentido elegido, deliberadamente propuesto. Sin embargo, una rigidez de este calibre no es el *dictum* de la historia. Vale recordar que el azar también participa en la competencia y, a veces, triunfa. Triste equilibrio, ni voluntarismo ni determinismo. Conciliar dichos extremos valorativos es el empeño de la política: ser admirable para no ser despreciable, en el aforismo de Jorge Cuesta.

Uno de los esfuerzos más ambiciosos para explicar los procesos de integración entre culturas y razas diferentes, se encuentra en *Las Américas y la civilización* (1969) del antropólogo brasileño Darcy Ribeiro. En dicha obra se propone una tipología étnico-nacional basada en cuatro configuraciones: 1) pueblos testimonios, 2) pueblos nuevos, 3) pueblos transplantados y 4) pueblos emergentes. Las tres primeras modalidades estarían representadas por Indoamérica (México y Perú), Afroamérica (Brasil y Cuba), Euroamérica (Uruguay y Argentina). Lo anterior pone de manifiesto que, efectivamente, América Latina y el Caribe conforman una unidad de lo diverso; son, *strictu sensu*, muchos mundos.

En nuestra realidad regional se aprecia una relación estrecha entre modelos de desarrollo, patrones de distribución del ingreso y grados de atraso: somos una periferia compulsiva al creer que el capitalismo avanzado –su modernidad– permitirá el crecimiento autónomo e independiente de las economías nacionales del Tercer Mundo. En este sentido, la interdependencia, como fenómeno típico de los vínculos interestatales, se expresa de manera desigual y combinada. En rigor, exportamos desarrollo e importamos dependencia. Lo mismo el pensamiento cepalino que la teoría de los dependentistas atestiguan el fenómeno. Pero el banquete sería –con seguridad– más hermoso si el cielo bajara a compartir el festín con la tierra. Esto no sucede en la realidad práctica, a pesar del influjo de Baudelaire.

Ahora bien, las interpretaciones de corte antropológico han sido más frecuentes de lo que normalmente estamos dispuestos a reconocer. Encontramos uno de los antecedentes de tal visión racial en la producción de José Vasconcelos. Tanto en *La raza cósmica* como en *Indología: una interpretación de la cultura iberoamericana* contamos con la que se convertiría en famosa tesis de que precisamente en estas tierras surgirá un crisol de razas, una fusión de etnias capaz de conciliar el progreso de la civilización europea y norteamericana con la fina sensibilidad de mesoamérica y África. Así, desde la década de los veinte, el autor del *Ulises criollo* lanza al viento de la discusión una propuesta (frágil): la integración de los países del continente a partir de la síntesis esperada.

Cabría hacer una pregunta. ¿Cuáles son los orígenes del sentimiento americano? Por el barón Alexander Von Humboldt sabemos que por lo menos desde el último tercio del siglo XVIII –justo después de la Revolución Francesa ¿coincidencia?– los criollos dejaron de considerarse a sí mismos españoles. A partir de entonces defenderían su ser americano, su condición distinta. En lo que respecta a los grupos indígenas, la mayoría de éstos jamás perdieron su identidad cultural –la cohesión de la comunidad sustentada en formas políticas y sociales específicas–. De allí que concibieran su organización como algo ajeno a occidente por completo. En la actualidad todavía existen etnias que viven fuera del marco jurídico-normativo de los Estados nacionales del área. (Únicamente como ejemplo –y por ello ilustración parcial– puedo consignar los casos de cuatro localidades de Oaxaca: Cuixtla, San Pedro del Mar, Jaquila y Yaitepec. Así, los pames y los huaves mantienen sus costumbres ancestrales que se distinguen, créase o no, por la indiferenciación de las dimensiones de lo sagrado y lo profano.) Curioso fenómeno arcaico que convive con la modernidad, de la inviabilidad estatal y la transnacionalización política mundial.

Volvamos a la madeja. La presencia de la Compañía de Jesús –la falange casi armada del Hijo Redentor– en suelo continental es otro factor destacado para comprender la estructuración de lo americano (de su sentimiento y naturaleza). Sacerdotes adelantados ubicados por fuera de la línea eclesiástica, tan pronto pisaron tierra del nuevo mundo abogaron por la libre organización de los pueblos nativos. Tan es así que veían prefiguraciones del cristianismo en los ritos prehispánicos. ¡Qué extravagancia! Para ellos, la errancia sin fin de Santo Tomás en mesoamérica era un signo inequívoco. Mañosa argumentación que buscaba erosionar los ci-

mientos del edificio imperial ibérico; minar, pese a los riesgos, la justificación fideica de la conquista y la colonización.

Solían respaldar –convalidar es una palabra que se aviene mejor– identidades metafóricas como las de Tonantzin-Guadalupe y Quetzalcóatl-Santo Tomás. De tal suerte, sin el apoyo de la campaña evangelizadora, el dominio transoceánico perdía sus asideros. Irrumpía una contradicción (¿antinomía?) entre la defensa del derecho de gentes y la razón supuesta del *jure belli* contra los infieles. Viene fácil a mi memoria la disputa, alegato de enormes proporciones ideológicas, Fray Bartolomé de Las Casas-Juan Ginés de Sepúlveda. En resumidas cuentas, el debate se redujo al adjetivo usado para designar la forma política republicana. Para el dominico, de los indios; para el consejero real, cristiana.

No es casual, por ello, la participación posterior de ciertos religiosos en los procesos de independencia. Para muestra vale un botón: la Nueva España. Como en un rosario se engarzan las cuentas, aquí los nombres se articulan dócilmente: Fray Servando Teresa de Mier y la apasionada defensa de la libertad del heterodoxo guadalupano; el cura de Dolores, Miguel Hidalgo y Costilla, y el cese de fueros y privilegios; y José María Morelos y Pavón, aliento radical de la *Constitución de Apatzingán*, basada en la Federación de las Repúblicas Americanas y el fin de la esclavitud. Todas ellas, etapas sustanciales de la conquista del respeto a la soberanía popular. (El siglo xx viene a ser un fértil escenario para el retorno de la religiosidad como poder, en las iglesias o fuera de ellas; ¿ejemplos? Nicaragua, Irán, Haití, y un contundente etcétera.)

Las guerras de liberación de América Latina y el Caribe buscan conservar la unidad que la región tuvo durante la Colonia. El punto de arranque era tan elemental como cierto: la autoctonía no desconoce los valores más avanzados del viejo mundo, sino, simplemente, no se limita a ellos. Tiempo después, el magno intento de Simón Bolívar (recuérdese que hasta sus errores se convirtieron en naciones, como solía apuntar René Zavaleta) para aglutinar los antiguos enclaves del imperialismo finisecular europeo en una *unidad política*, constituye un momento relevante del interés por la integración. Este fue el espíritu original del Congreso de Panamá, celebrado en 1826. (Por estas fechas podría situarse el surgimiento de la rivalidad existente entre las dos tradiciones del continente: la hispanoportuguesa y la anglosajona que devendrían concepciones opuestas, bolivarismo y panamericanismo, a decir de Henríquez Ureña y Vasconcelos.)

Ni celebración ni conmemoración. La concertación regional no se ha logrado (quizá en la coyuntura por la que atraviesa el subcontinente –el problema de la deuda externa– tenga lugar aunque fuere de modo relativo; pero si esto llegase a ocurrir sería más por la ausencia de opciones que por una real conciliación de intereses). Queda bien dilucidado que el diálogo no basta; es preciso definir con claridad y rigor los propósitos de dicha negociación. El meollo consiste en el para qué no en el cómo. El problema sigue siendo conjugar la modernidad con la tradición, lo propio con lo extraño. Tampoco debemos fingir demencia. Por encima de pensadores como Andrés Bello y Faustino Domingo Sarmiento que se pliegan dócilmente al modelo del otro lado del mar, un intelectual como Francisco Bilbao sí cuestiona las virtudes del progreso y la

civilización propias del capitalismo. En 1863 escribió en *La América en peligro*: ¡Qué bella civilización aquella que conduce en ferrocarril la esclavitud y la vergüenza!

Abundan los ejemplos en uno y otro sentido. Entre los panegiristas de las máquinas –que recuerdan la obsesión por el futurismo ¡oh Marinetti!– y los enemigos de la modernidad –los guachichiles de la Gran Chichimeca, melancólicos herederos de Ned Lud–, América Latina y el Caribe dedican sus exiguas fuerzas al ludibrio, burla sangrienta de su propio futuro.

Neptuno alegórico

Quando un rey ocupa el trono por el derecho que le dan las leyes y las costumbres de su patria, aunque sea malo y poco idóneo, no se le ha de sufrir tan sólo por evitar las calamidades que resultarían si por medio de las armas intentásemos derribarle, sino también por no violar las leyes, en las cuales la salud de la república consiste, emprendiendo guerra contra el legítimo rey, la cual es guerra impía y nefanda.

Juan Ginés de Sepúlveda

Las colonias hispano-lusitanas en América no representan una continuación de las formas europeas en territorios distintos, más bien son lo otro. La extrañeza distingue a dichos espacios culturales: su novedad es la sangre. Teniendo en mente a la Nueva España, se trata de una sociedad caracterizada por el pluralismo jurisdiccional, el patrimonialismo y el equilibrio de fuerzas. Sistema de pesos y contrapesos –equilibrio catastrófico–, el virrey y la Real Audiencia, los españoles y los criollos, los ritos mesoamericanos y el catolicismo, la república cristiana y la indígena; en fin, lo propio y lo ajeno, suma de confusiones.

Distancias van y vienen, y los mundos se presentan como unidades singulares, únicas e irrepetibles: América y Europa, tan juntas y, a pesar de ello, divorciadas por un inexplicable sortilegio. En España se ejercen derechos como el de la *Mesta* –el cruce de las manadas de borregos por pastizales y ciudades– desde la Edad Media hasta bien entrado el franquismo; allí los Estados Generales son convocados a partir del siglo XII y, cinco centurias después, la aristocracia no participa en tales reuniones decisorias; garantías y derechos válidos mucho tiempo antes que en los paradigmas democráticos (Inglaterra, Países Bajos). Justo al contrario, en estos territorios el pasado señala la centralización del poder –una *potestas* que anhela transformarse en *autoritas*–, ya sea en guerreros y shamanes, a la usanza de las tribus nómadas y semisedentarias, o en castas sacerdotales o militares perfectamente constituidas, las teocracias armadas de los imperios inca y azteca. La leyenda negra insiste para sorpresa nuestra todavía hoy en la cerrazón de España, cuando aquí mismo la participación brillaba por su ausencia.

Por paradójico que suene, los miembros de la orden de San Ignacio de Loyola fueron la conciencia moral y los voceros autoriza-

dos de los criollos en los asuntos referentes a la independencia. Uno de ellos que fuera expulsado de la Compañía, Carlos de Si-güenza, emprende una defensa a ultranza del arte de gobernar pre-hispánico en el *Teatro de las virtudes políticas*. Se trata de la causa de la Nueva España contra la Vieja, la reivindicación de la auto-nomía. Decía líneas arriba *paradójico* dada la enfermiza adhesión de los jesuitas a los poderosos, –fieles amantes del *status quo* en la China imperial, promotores de la Ilustración durante el reinado de Carlos III– una vez más no creo gratuito repetir que mientras la Iglesia se salve es secundaria la pérdida del cristianismo.

La teología era la máscara de la política y el disfraz de la ideo-logía. Para los habitantes de las colonias, la creciente sensación de saberse diferentes a los ciudadanos de las metrópolis, se veían pre-cisados a echar mano de los ámbitos convencionales de la discus-ión: el templo y el púlpito, la universidad y la cátedra, la corte y la tertulia. Así, la cultura de la época era docta y para doctos, exclusiva y excluyente; proclive a reaccionar por encima de la re-flexión. Para todos aquellos impugnadores del orden establecido (el régimen de la cruz armada), resultaba un imperativo alejarse de las turbias seducciones del ascetismo, la milagrería y la falsa mística; además de eludir la herejía y no meterle ruido a la Inqui-sición. Por citar sólo unos cuantos, Fray Servando Teresa de Mier, Miguel Hidalgo y José María Morelos son casos, harto elocuentes, de la intolerancia regia y la ortodoxia del Santo Oficio. ¿El delito? Creer en un destino propio para estos pueblos. Procedemos, en buena parte, de una tradición, la occidental en su versión cris-tiana, enfrascada en una contradicción consigo misma quizá irres-oluble, la de la razón con la revelación.

Compleja tarea ha sido y será conquistar nuestra plena indepen-dencia (en el sentido apuntado por O’Gorman, no exclusivamente económica y política sino, de manera central, *ontológica*); exigir respeto a nuestros legítimos intereses para diseñar el futuro regio-nal. Asimismo, el pasado no se limita al horizonte europeo; posee una riqueza insospechada en el mundo indígena. Debemos conciliar ambas vertientes. Incluso, aquellos países que surgieron gra-cias a los flujos migratorios, lo mismo población negra africana que blanca occidental. Ahora nuestras naciones a pesar de sus dife-rencias, sólo estarán en posición de concretar sus proyectos na-cionales con base en la concertación global de los Estados del área.

Si bien es cierto que la historia de América Latina y el Caribe lleva la marca de la violencia y la inestabilidad, evóquese el dis-curso de Teseo en *Amor es más laberinto* que expresa los funda-mentos de la sociedad: la fuerza y la astucia, haciendo suyas las tesis de Calicles y de Hobbes, esa energía devastadora se ha diri-gido, en ocasiones, contra la opresión foránea y la explotación do-méstica. Ingenuo pero deseable... el siglo XX podría permitir dar-nos el lujo de no usar la violencia si, al menos en el ámbito regional, administramos mejor las diferencias y cobramos plena conciencia de que –gústenos o no– el futuro será compartido o no será.

Lo que se necesita es materializar los versos de Juana Ramírez: *depuesta la fiereza de unos/y de otros el temor depuesto*. Ya no se trata de recibir a los extraños con ritos cívicos como los arcos –mezcla del triunfo romano y la entrada francesa–; menos aún de

rendir pleitesía y formular peticiones a la manera del *Neptuno alegórico*; tampoco de cuestionar la autoridad del soberano, en la modalidad de Sigüenza, aceptando sin conceder.

Suma de dramatismos, el mundo hispánico en América no franqueó el umbral de la etiqueta cortesana. Tendrían que pasar varios años para que los criollos se diesen cuenta de la amenaza que se cernía sobre sus privilegios presentes y, ante todo, sus beneficios potenciales. No podemos olvidar que las rebeliones más denodadas en contra de los intereses ultramarinos encontrarían en los indios y los negros a sus protagonistas: Tupac Amaru, la Guerra Chichimeca de 1550-1600, y los cimarrones.

Desde los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega hasta la traducción inédita del *Telémaco* de Fénelon, arzobispo de Cambrai, que realizara Leona Vicario de Quintana Roo, cobramos evidencias de un "atentado" singular: pensar la originalidad de esta América y dar libre curso a su desarrollo y expresión. Como una pesadilla, nos acompaña la fijación por saber qué somos y hacia dónde vamos. Pregunta vigente hasta nuestro tiempo. Urgían recuentos y balances del estilo americano. Entre ellos destaca la obra del padre Anastasio de Ochoa y Acuña, *Cartas de Odal-mira y Elisandro*: conjunto costumbrista del México de aquél entonces, hecha por el olvidado traductor de las *Heroidas* —cartas de las hijas de los héroes— de Ovidio.

Las cicatrices han permanecido, se fundieron las culturas. El mestizo atiende menos a consideraciones étnicas que a características filosóficas. Otra paradoja. A pesar de que la zona tiende hacia una convergencia forzada, cada vez más se convierte en un bastión europeo-norteamericano. Dolorosa antinomia que tendrá que solucionarse tarde o temprano. Si en verdad somos diferentes deberemos establecer un futuro propio que responda a nuestra originalidad, sin ceñirnos a modelos procedentes de otras latitudes.

En un aparte... acaso la realidad de América Latina y el Caribe supere a la ficción, trascendiendo cualesquier exotismo. Es probable que la riqueza de situaciones y personajes, sucesos y tendencias —que se fusionaron a la llegada de los ibéricos— esté en capacidad de dar razón acerca de la aparición tardía de algunos géneros literarios, como el de la novela. La producción narrativa tardaría en surgir. Nada importó que tuviéramos entre nosotros a un escritor de la talla de Mateo Alemán, el creador del *Guzmán de Alfarache*. Hasta 1773 hallamos un aviso, una señal huérfana, en *El lazarrillo de ciegos caminantes* de Alfonso de Carrió, conocido por su pseudónimo de Concolorcorvo. La ironía negra del peruano anunciaba ya los vientos críticos de José Joaquín Fernández de Lizardi y su *Periquillo Sarniento*. (1816, los tres primeros volúmenes; 1831, el último, póstumo).

Hagamos caso omiso de las anécdotas. La Constitución de Cádiz de 1812 prohibió la aparición de innumerables manifestaciones literarias. *El Pensador Mexicano* destaca del marasmo. Periódico que aprovechando la libertad de imprenta consignada en la ley máxima, tomaría claro partido por la causa de los insurgentes. La prohibición de la novela caduca así, y desaparecen las restricciones editoriales. Los movimientos nativos en contra de las metrópolis encontrarían en la escritura una de sus armas más eficaces.

Las memorias de Juan de la Rosa

...with the decline of religious influence in a modern secular world, political myth and ritual can command the zeal once evoked by religion.

Ann Ruth Willner

El siglo XIX constituye el arranque de las guerras de independencia; es el momento de la *invención* (postulación) de lo nacional. *Hiawatha* de Longfellow y *Tabaré* de Zorrilla de San Martín, fungen de extremos del proceso de construcción de una identidad cultural propia para la región. Empero, los fuertes acentos “localistas” impiden forjar una visión integral de ese nuevo fenómeno que responde a la voz de Continente Americano. (En México, Ricardo Castro no queda fuera de la tendencia dominante; su ópera indigenista *Atzimba* indica con fidelidad el propósito: negar la participación europea en la conformación de lo latinoamericano y lo caribeño.)

A pesar de todo, resulta imposible borrar las huellas del pasado, ese tiempo del olvido que sigue lacerándonos: Europa está siempre dentro de nosotros mismos, para bien o para mal. Victoriosa y derrotada, fluye bajo la grama de la cultura de nuestros pueblos. Ponderar la influencia de la filosofía de las luces en la historia regional es una tarea en extremo difícil. Ciertamente, dicho pensamiento aportó elementos –políticos y filosóficos– a los movimientos independentistas; aunque, justo es reconocerlo, llegó mediado y enriquecido por el liberalismo peninsular del constituyente gaditano y la obra de Melchor Gaspar de Jovellanos.

Complejo ha sido para el subcontinente –sin que hasta la fecha se haya logrado cabalmente– conciliar y limar las asperezas entre el pasado (muchas veces definido por el conservadurismo y las campañas militares) y la noción europea de democracia que supone la existencia de una sociedad civil crítica y participativa. Los símbolos e imágenes de la ciencia, y concretamente de la física, se afanan en “explicar” las distancias que median el nexo Europa-América Hispano-Lusitana a través de conceptos tan embarazosos como los de “sociedad abierta” y “sociedad cerrada”, utilizando la terminología de Karl R. Popper. Si tomamos este lenguaje en calidad de marco de referencia, entonces, la región quedará atrapada en la última categoría. Verdad a medias. Habría, quizá, que resaltar el otro lado de la luna: la precocidad del poder político institucionalizado, o sea, cómo el Estado se presenta en forma de origen de la nación.

En 1924, José Carlos Mariátegui apuntaría que no podía existir nacionalismo donde no había nacionalidades. La Anficciónía Bolivariana no era –pese a todo– una empresa descabellada. Las condiciones históricas de la época señalaban más hacia la manutención de esa integración de carácter político formal, resultado de la dominación de la Península Ibérica en América que a la dispersión y fragmentación de los territorios coloniales.

Posiblemente la literatura pueda cumplir en el presente el papel de voz de los sujetos del continente. Nuestra historia, por lo menos hasta el siglo XIX, ha sido la trayectoria de un gran silencio;

otros pueblos y otros hombres y mujeres han dicho por nosotros. Puede entenderse así, la compulsión y el frenesí por escribir que domina a América Latina y el Caribe. Extraña forma de conciencia que resguarda lo mejor de nuestra experiencia y patrimonio para el futuro, cuando haya quienes lean y tengan en las letras a su memoria colectiva. Hermoso anhelo que permea cada una de las hojas de la obra de Carlos Fuentes.

El escenario contemporáneo exige hacer de la cooperación medio sustantivo de la convivencia de las sociedades y gobiernos de la región. Ahora bien, ¿concertación para qué? Para recuperar los rasgos comunes capaces de forjar una identidad genérica frente a los embates de tradiciones incompatibles, como la norteamericana, fincada en la expansión de sus fronteras. Todo optimismo tiende a la tragedia, por ello es prudente cuidarse de las afirmaciones de temperamento. La unidad regional no debería ceñirse, simplistamente, a planteamientos retóricos o discursivos; por el contrario, es un imperativo político, si en verdad se busca administrar las diferencias con los supuestos herederos de la Nueva Jerusalén. Los pueblos de la zona –si bien comparten una inserción internacional vulnerable– no han sido hábiles para derivar una visión global de criterios a partir del carácter dependiente de sus economías.

Volviendo a los asuntos étnicos cabe destacar que una de las novelas más sorprendentes del diecinueve –en caso de seguir a Marcelino Menéndez y Pelayo– es *Juan de la Rosa: memorias del último soldado de la Independencia*, donde se consigna la marginalidad de los indios y la dominación de los inmigrantes europeos. En 1885, Nataniel de Aguirre rinde un balance del proceso boliviano de liberación, la Revolución Cochabambina, pionero de los movimientos autonomistas, que iniciara en 1809. Se revela la figura caprichosa del mosaico que es América Latina y el Caribe; entidad plural y fragmentada.

Por regla general, los gobiernos surgidos de las guerras por la independencia triunfantes se empeñaron en mudar de rostro: hacerse pasar por esa tentación llamada Europa. Hoy, la situación no se presenta a elecciones disparatadas. Ingresar a la modernidad sin olvidar el peso histórico de las culturas autóctonas cifra el reto de nuestros días: alejarnos decididamente de las sombras decimonónicas de la dictadura liberal y del criollismo (formas de organización política que por lo visto han fracasado, dado el regreso del civilismo al subcontinente, que no de la democracia). Nada acontece por simple añadidura bíblica, se requieren voluntades capaces de definir su destino. Es cierto que las realidades no generan sus pensamientos, pero los pensamientos tampoco dan a luz sus realidades. Las ideas no pueden adoptarse sin más como si tal cosa, tienen patria y responden a determinaciones históricas concretas. Para incorporarlas a nuevos ambientes se requieren ajustes y adaptaciones.

Con extrañeza pienso cómo sería posible empalmar las aspiraciones de la tradición histórica regional (centralización de la toma de decisiones, monarquismo y neotomismo) con el programa del Iluminismo (fe ciega en la razón, pragmatismo, igualdad jurídica para la desigualdad social y subordinación de lo público a lo privado). Intentarlo, una vez más, pondría a flote la manía de apro-

piarse de lo ajeno. La ambición de dotar de carne y huesos a esa hipotética *coincidentia oppositorum* –trayendo a cuento la frase feliz de Nicolás de Cusa– jamás se ha logrado. Las bodas entre democracia y seguridad, progreso y libertad, ortodoxia y novedad se han pospuesto para mejor oportunidad. Así, el cisma que se abre entre lo que somos y lo que pretendemos ser lacera cada etapa del inestable siglo XIX.

La oposición liberalismo-conservadurismo ha querido ser apreciada en tanto eje de interpretación del pasado político de América Latina y el Caribe, cuando el problema no ha consistido nunca en debatir el hacia dónde sino en cómo jerarquizar los propósitos de nuestras jóvenes naciones: desarrollo económico a la americana y cohesión política a la española. disyuntiva siniestra que continúa a estas alturas, *El ogro filantrópico* de Octavio Paz y *México: el trauma de su historia* de Edmundo O’Gorman disectan minuciosamente la mencionada “patología”.

De esta manera, no existen –como quisiera Jesús Reyes Heróles– liberales y conservadores integrales. Para el caso de México, las diferencias entre Lucas Alamán y José María Mora son apenas superficiales, de matiz. ¿Ejemplo? El Banco de Avío y el proyecto de industrialización del Valle de Atlixco, en el estado de Puebla, promovido por Esteban de Antuñano y el tantas veces ministro de Asuntos Extranjeros. El movimiento histórico desconoce los modelos y las leyes, se aviene con rigor a las estructuras y los conjuntos de coexistencia de múltiples factores, variables y procesos. (Con temor de cometer alguna irreverencia me atrevo a sugerir que la caída de Maximiliano y su breve imperio mexicano se explica más por su liberalismo acendrado que por su condición de extranjero y gobernante espurio. Su modernidad política se topó con formaciones arcaicas y tradiciones conservadoras.)

Quien siembra tempestades... heredará el viento. Sin mediaciones de ninguna especie, esos absolutos mitológicos de independencia, democracia y libertad fueron sinónimos de progreso, orden y modernidad en el pasado de América Latina y el Caribe. Llegamos tarde a la distribución de los papeles. Las partes protagónicas ya habían sido asignadas a las potencias allende el río Bravo y el océano Atlántico. Posiblemente en ello reside el por qué de la precocidad de los Estados, que han deseado funcionar como dispositivos capaces de construir esas abstracciones denominadas naciones y que, incluso, han sido los pivotes del precario desarrollo económico logrado en la zona.

Fuera de época, estos países manifiestan una predilección mayor por la organización cortesana que por la participación ciudadana y el fortalecimiento social. El siglo pasado corre el telón y descubre una fusión inestable entra monarquía y república: el fenómeno de la *dictadura liberal*, así, sin cortapisas. Juan Bautista Alberdi bautizó dicha situación política con una expresión justa: reyes con el nombre de presidentes, tiranía constitucional, monarquía republicana. En síntesis, la democracia como fachada de la autocracia, gajes de la historia. Hasta la fecha, la paradoja no se ha resuelto, sigue dando sus tristes frutos.

La libertad no se piensa, se ejerce. Inútil pretender importarla o usarla de prestado. El pensador uruguayo apuntaba, en un curso impartido en Montevideo en 1840, que la reflexión acerca de

América remite, forzosamente, a señalar posibles respuestas a las necesidades de nuestra historia. Asimismo sostenía que todo saber se autentifica en la práctica —es allí donde conquista su verdad—, en la medida en que resuelve sus contradicciones. (¿Weber y el cálculo racional con acuerdo a fines?)

Las dudas se disipan y la finalidad surge claramente: sentar las bases para una cultura común que agrupe a los pueblos de América Latina y el Caribe. La concertación regional como unidad de lo diverso.

Savoir pour prévoir

En nuestra América el rey no existe y casi no ha existido en la Historia; pero existe y ha existido siempre el caudillo; un rey temporal, generalmente más autoritario y pujante que muchos monarcas, un rey a título precario que, en un instante dado, gobierna hasta que el pueblo le concede su favor, su aceptación, su respeto; pero llega un día en que el pueblo desacata al caudillo, vuelve a la ley, abomina del hombre; y entonces toda su majestad se aniquila, se desconocen sus servicios, se condena su dictadura, y el que antes fuera temido como un dios, es objeto más tarde del ludibrio y la ingratitude de los hombres.

Antonio Caso

La emancipación no deberá ser tan sólo política y económica sino, de manera fundamental, de la conciencia: lo que significa dilucidar el destino regional. Fijas se hallan las coordenadas del proceso: la *Moral social* de Eugenio María Hostos, el *Derecho internacional* de Calvo, la obra de Justo Sierra, hasta *Los tiempos nuevos* de José Ingenieros. El mito del orden y el progreso —esqueleto de los regímenes de Porfirio Díaz y Juan Manuel Rosas, por citar algunos— marcha paralelo al avance del siglo XIX. La irrupción del positivismo representa una tentativa de incorporación al vértigo del capitalismo moderno. En fin, poca política y mucha administración. (El sangriento telegrama de “Mátalos en caliente”.) Antes que otra cosa importan los resultados. El pragmatismo se erige en filosofía dominante; Comte gana la batalla. Durante un breve lapso de tiempo, los países de la zona creen poder dirimir sus conflictos de manera técnica en sus respectivos marcos nacionales.

Alejandro Korn se detiene en los virajes que el pensamiento latinoamericano ha sufrido en su recorrido histórico: de la escolástica y las Leyes de Partida (como herencia distante), durante la Colonia, hasta el positivismo y el historicismo y la tecnificación de la política, en la actualidad. Poco después de concluida la primera guerra mundial, aparece su *Libertad creadora* donde desarrolla los grandes temas de lo *nacional*; vinculados —por naturaleza—

al plano regional del subcontinente. El filósofo del Cono Sur pesca las dudas y aísla las interrogantes, pues, para él, parece incuestionable que los nacionalismos encuentran su razón de ser en la existencia previa de entidades culturales de gran envergadura: las regiones, comunidades históricas de diálogo y aspiraciones. (Es curioso que un pensador tan distante a Mariátegui coincida en un punto determinante de la interpretación del *sentido* de América Latina y el Caribe.)

Olvidada la prudencia crítica, las naciones se empeñan en dar gato por liebre, dudando de su pasado. A fin de siglo, pequeñas francias y diminutas inglaterras proliferan en el área. La *nostalgia* se apodera de ciertos gobiernos: México, Argentina, Cuba. De seguir las evidencias no suena descabellado sostener que la historia se presenta una vez como farsa, y otra como tragedia. Un falso cosmopolitismo apresa las ciudades; el campo ("lo rústico") deviene una vergüenza de familia. La añorada modernidad —el avance implacable del acero— presagia los viajes de Santos Dumond, mientras los valeses de Juventino Rosas marcan el compás de los saraos.

Como si nada ocurriera, el mensaje de la cosa pública semeja la conducción de una empresa. Los sujetos se extravían y triunfan las ganancias. La producción se viste de gala, el desarrollo económico es una pesadilla, para llamar la atención en la vigilia. John Stuart Mill y Auguste Comte hacen de profetas de ese mundo al que le interesa únicamente saber para prever. Así frente a tal situación, América Latina y el Caribe esperaban cambios profundos, el advenimiento de aires frescos que transformarían la esclerosis de su vida política. Tamaña tranquilidad escondía malos augurios.

Antes cerradas, las sociedades tendían a la apertura. Comenzó el interrogatorio al antiguo régimen. Si consideramos que el poder y la conciencia mantenían un pobre contacto en la era de las dictaduras ilustradas, tampoco puede minimizarse el divorcio posterior, la distancia existente entre los ciudadanos y el Estado. Los estallidos sociales se oponían más a la injusta distribución del ingreso —la miseria— que al carácter autoritario del poder político: el clamor popular se fía del pan y no de las elecciones.

En México se iniciaría la tormenta. La generación de los olvidados, del periodo 1850-1860, volvía por su fueros. La fecunda labor política realizada por Ignacio Manuel Altamirano —indio de cepa pura—, Guillermo Prieto y *El Nigromante*, durante la Reforma impulsada por Benito Juárez, tendría relevos efectivos en los promotores del Ateneo de la Juventud. La llamada Edad de Oro de las Letras Mexicanas —así, con la prosopopeya de las mayúsculas—, quedaría en suspenso, Díaz Mirón, Othón, Gutiérrez Najera, Sierra y Nervo pasarían a segundo plano. Nuevos nombres ocuparían la atención pública: Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Vicente Lombardo Toledano, Antonio Caso, Manuel Gómez Morín, Gerardo Murillo —el famoso Dr. Atl—, serían los abanderados del renacimiento cultural de la nación.

La Revolución de 1910 dividió el poder contra sí mismo y propició un acuerdo distinto de las voluntades individuales con la autoridad. El nuevo pacto social sería pintura de denuncia gracias al muralismo; narrativa enérgica con Martín Luis Guzmán y Mariano Azuela —los ríos de sangre de *La sombra del caudillo* y el

pasmo de *Los de abajo*–; búsqueda afanosa del pasado brillo mesoamericano con Manuel Gamio y Teotihuacán, y aspiración nacionalista con el lirismo de Ramón López Velarde muerto prematuramente en 1921, situación que le ahorraría serios disgustos. ¡Quién lo dijera! Un personaje antes marginado tomó la escena, el pueblo levantado en armas.

Y la sombra del movimiento popular cubrió por entero la región. Ante la derrota real de los patriotas cubanos –piénsese en la Enmienda Platt de la Constitución de los Estados Unidos y, también, en el control extranjero de la cintura de América por el Tratado Hay-Bunau-Varilla–, la influencia de la gesta mexicana alcanzó el grado de paradigma político y de modelo revolucionario. Sus máximas empezaron a cundir en América Latina y el Caribe: justicia social, antiimperialismo, soberanía sobre las riquezas naturales, respeto a las comunidades indígenas y, especialmente, autodeterminación. El pensamiento de Víctor Raúl Haya de la Torre, inspirador y guía del Aprismo es una prueba incontrovertible. (Curiosamente, después él influiría en la creación del Partido de la Revolución Mexicana.)

Dicho ideario de conciliación nacional –defensa de los sectores subalternos– será recuperado por el fenómeno del populismo. Las latitudes fueron irrelevantes; la efervescencia se generalizó. El justicialismo de Juan Domingo Perón, el Estado Novo de Getulio Vargas y, claro está, el “socialismo” de Lázaro Cárdenas, son facetas del mismo proceso. Un liderazgo original se impone sin distinciones, lo mismo en Argentina que en Brasil o México, al incorporar a las masas a la toma de decisiones. En rigor, se trata de un doble movimiento: satisfacer –aunque sea de modo precario– las demandas sociales y contener la intromisión de los imperialismos en el manejo de los asuntos domésticos.

No hay que confiarse, amenazan los ejércitos; el peligro de los golpes de Estado se torna cotidiano. Las burocracias militares arriban al poder en varios países del área. Tajantes, las sociedades superan a los Estados en la exigencia democrática y la participación crítica. Pocos han sido los gobiernos civilistas estables.

En ocasiones vacilante, el Movimiento Armado de México terminó triunfando y convenciendo. Un original orden social surgía y, no sólo eso, emprendía su diáspora por los confines de América Latina y el Caribe. Su errancia sin fin significó la aparición de un horizonte de organización distinto; llegaría a constituirse en modelo para otros pueblos en busca de su plena autodeterminación. Gracias a la obra del constituyente de Querétaro y al término del caudillismo se institucionalizaron las conquistas de la gesta revolucionaria. Pasarían muchos años para que otra tempestad política adquiriera relevancia semejante: el asalto al Cuartel Moncada y, después, la Revolución cubana.

Pese a sus diferencias lógicas, *Los de abajo* de Mariano Azuela y *La situación* de Lisandro Otero son lecturas de un escenario social marcado por la desigualdad y la explotación. Líricas denuncias de un mundo que no permite la libre expresión de los hombres y la elección de su destino. La visión del mexicano es interna, desde dentro de las voluntades que quieren definir su historia; por su parte, el cubano magnifica al narrador que observa, un espectador de la descomposición del país.

La diáspora secular

Las leyes de la naturaleza (tales como las de justicia, equidad, modestia, piedad y, en suma, la de haz a otros lo que quieras que otros hagan para tí) son, por sí mismas, cuando no existe el temor a un determinado poder que motive su observancia, contrarias a nuestras pasiones naturales, las cuales nos inducen a la parcialidad, al orgullo, a la venganza y a cosas semejantes. Los pactos que no descansan en la espada no son más que palabras, sin fuerza para proteger al hombre, en modo alguno.

Thomas Hobbes

Los avatares de nuestra historia regional se resumen en lo mejor de su literatura: por caso, *El mundo alucinante* de Reynaldo Arenas. La lucha contra la dominación extranjera de los pueblos del subcontinente encuentra una síntesis en la epopeya biográfica de Fray Servando de Mier: los ideales de la Ilustración, el Index Romano, las fugas y los calabozos, la disidencia religiosa, el compromiso político, el sermón encendido. La magia deslumbrante de su vida se ha convertido en conciencia de lo que somos y de lo que queremos ser. Símbolo de las aspiraciones críticas, democráticas y emancipadoras, el heterodoxo guadalupano está presente en los movimientos de liberación que han operado en la región. En la actualidad, no puede omitirse que un sector progresista de la Iglesia cierra filas en torno de los programas sociales más avanzados de América Latina y el Caribe.

Para las naciones del área, resta la experiencia común de la explotación padecida, considerando la carencia de homogeneidad cultural que las distingue. Viejos enclaves coloniales en el pasado, incipientes repúblicas en el presente, los Estados latinoamericanos necesitan avanzar rumbo a la integración para superar sus problemas. El panorama político contemporáneo muestra que la identidad total no es requisito para la unidad. Habría que promover, en todo caso, la conciliación de intereses. Iniciativas de nuevo tipo apuntan en esta dirección, el Grupo de Contadora y el de Apoyo (en lo que atiende a la pacificación del conflicto centroamericano, a partir de soluciones negociadas), y el Consenso de Cartagena (instancia que pretende concebir una estrategia global para el pago del servicio de la deuda externa regional).

El reto desborda *jouer à l'autochtone*, como nos advierte con justicia Pedro Henríquez Ureña en *La utopía de América* (1925). Nuestra historia posee huellas, cicatrices de espantosas conmociones y –acaso por esta razón– evidencia una enorme capacidad de construir, continuar y ensanchar una vida y una cultura peculiares, únicas, intransferibles. La diversidad de tradiciones y costumbres permitirá –de existir la voluntad de los Estados– un fértil punto de partida para lograr la concertación regional.

América Latina y el Caribe tienen la obligación de sumergirse en sus profundidades, reflexionar sobre su ser íntimo, para estar en posibilidad de bosquejar un destino posible. Carlos Vaz Ferreira punzó por una filosofía de la experiencia, haciendo un lla-

mado para recuperar del olvido la memoria y tomar conciencia de la historicidad de nuestra situación. Sólo planteándonos el futuro anterior –lo que pudo haber sido y no fue– estaremos capacitados para postular *un porvenir nuestro*. En uno de sus textos mejor logrados, *Fermentario* (1938), apunta que en la aventura humana cada vez se agregan más ideales. Materializarlos será el cometido social para escapar de la condición de “Cristos oscuros”.

En consecuencia, lo propio remite a lo otro. Para el grupo de países que configuran el subcontinente, los Estados Unidos son lo extraño. Con el panamericanismo basta y sobra para comprobarlo. El diálogo y la convivencia entre Estados no deberían ser, a la vez, exclusivos y excluyentes. Lo primero en virtud de las aspiraciones hegemónicas norteamericanas, lo segundo en función de la inexplicable ausencia de Cuba del máximo foro regional, la Organización de Estados Americanos (OEA).

Un real pluralismo democrático deberá aceptar, siempre y sin condiciones, el derecho inalienable de los pueblos a organizarse libre y soberanamente, sean o no distintas sus formas de gobierno o de producción, valgan los casos de la isla del Caribe y de Nicaragua. Hemos alcanzado la mayoría de edad, usando las palabras irónicas de Alfonso Reyes, contenidas en sus *Notas sobre la inteligencia americana*.

De la memoria latinoamericana y caribeña no ha desaparecido el dolor de su historia, el trauma del pasado producido por la presencia extranjera, el reto de ser en esencia pueblos de síntesis. Las pruebas son múltiples y no tardan en aparecer. Ezequiel Martínez Estrada descubrirá –para su sorpresa– la estupefacción de un pueblo. En su *Radiografía de la Pampa* (1933) testifica que la realidad de una nación altamente civilizada –según los criterios europeos– es traicionada por ríos subterráneos incontrolables. El régimen constitucional de Hipólito Yrigoyen –el ascenso de las clases medias– fue desconocido por la casta militar, Uriburu y su revolución de opereta –con mayor exactitud, asonada– asumieron la conducción del Estado.

Y este peligro acecha todavía; cuando no, existe *de facto*. El retorno de algunos gobiernos de la región al civilismo no constituye un indicador confiable, por sí sólo, del fortalecimiento de las instituciones democráticas. Tendremos que estar pendientes de los procesos de participación colectiva y de respeto a la soberanía popular. Mientras tanto, deberemos administrar con inteligencia las diferencias, así como procurar las semejanzas. América Latina y el Caribe tendrán futuro en la unidad, jamás en la fragmentación.